



IDICSO

Instituto de Investigación en Ciencias Sociales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad del Salvador

SERIE DOCUMENTOS DE TRABAJO

© IDICSO.

Documento de Trabajo N° 027

Septiembre 2004

Los confines de la integración social. Trabajo e identidad en jóvenes pobres

MARÍA EUGENIA LONGO

<http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>

Hipólito Yrigoyen 2441 – C1089AAU Ciudad de Buenos Aires – República Argentina

TABLA DE CONTENIDOS

1. Introducción.....	1
2. Las claves teóricas del análisis.....	3
2.1. El Mundo del Trabajo	3
2.2. Las Representaciones Sociales.....	5
2.3. La Identidad.....	6
3. Trabajo e identidad.....	9
3.1. El carácter complejo de las representaciones sociales en torno al trabajo	9
3. 2. El peso del trabajo en la identidad: las transformaciones de la dimensión relacional.....	12
3. 3. Las consecuencias del proceso de apropiación de la fragilidad sobre la identidad.....	15
Reconocimiento	17
Definiciones de sí.....	18
Acción colectiva.....	20
4. Reflexiones Finales: los confines de la integración social de los jóvenes pobres	22
4.1. El individualismo de la desatención social.....	22
4.2. La representación de un futuro incierto	25
Referencias Bibliográficas	27

Notas sobre el autor

MARÍA EUGENIA LONGO

- ❑ Lic. en Sociología, Universidad del Salvador (USAL).
- ❑ Docente Auxiliar, cátedras: “Sociología de los Procesos Culturales e Ideológicos”, “Sociología del Trabajo”, “Seminario de Investigación III” y “Metodologías y Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales II”, Facultad de Ciencias Sociales, USAL.
- ❑ Investigadora Adjunta del Área ONGs y Políticas Públicas, IDICSO, USAL.
- ❑ Partícipe del Área Identidad y Representación del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CEIL-CONICET).

Dirigir comentarios a la siguiente casilla de correo electrónico:

Lic. María Eugenia Longo: meugenialongo@yahoo.com.ar

Departamento de Comunicación y Tecnología del IDICSO: idicso@yahoo.com.ar

Los confines de la integración social. Trabajo e identidad en jóvenes pobres *

“Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica de poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar”.

(Bauman, 2003: 20).

1. Introducción

Este documento de trabajo, resultante de una investigación más amplia¹, está ubicado en la intersección de tres grandes temas: las representaciones sociales, el trabajo y el proceso de construcción de identidad.

La realidad social es un entramado de relaciones sociales y está mediada tanto por prácticas objetivas como por construcciones simbólicas que dan al sujeto una noción estable de estar en el mundo. La constitución de agentes y de estructuras se da conjunta e interactivamente. La conducta humana además de verse constreñida por estructuras sociales que la anteceden está cargada de sentido y de intenciones presentes y futuras.

Dentro de este marco, las representaciones sociales son la mediación simbólica por excelencia que existe entre los sujetos y la realidad en la que están inmersos. Las mismas, como imágenes interiorizadas de sí, de los otros y del mundo, trazan vínculos comunicantes entre la realidad exterior e interior. Tanto por el origen social de dichas imágenes, como por su carácter de esquemas íntimos de percepción y acción, son elementos privilegiados para el análisis de las contradicciones que pueden emerger en épocas de crisis y transformaciones. Esto es así, tanto porque los cambios de la realidad pueden ser reflejamente percibidos y expresados por medio de la conciencias y los

* Una versión revisada de este artículo fue publicada en BATTISTINI, Osvaldo (coord.) (2004) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Editorial Prometeo, Buenos Aires.

¹ Se trata de la Tesis de Licenciatura en Sociología: LONGO, María Eugenia (Ago/2003). *¿Qué les queda a los jóvenes? Representaciones en torno al trabajo e identidad en varones jóvenes pobres*. Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador. Buenos Aires. Directores de Tesis: Dr. Raúl Bisio y Lic. Ada C. Freytes Frey.

discursos individuales; como porque los cambios en la subjetividad pueden dar señales del agotamiento de ciertas prácticas e instituciones sociales.

El mundo del trabajo ha sufrido importantes transformaciones en las últimas décadas, y es factible que la subjetividad haya sido afectada por las mismas. Además “como todo proceso de cambio y transformación, esta situación genera también la necesidad de redefiniciones a nivel simbólico, en tanto hay que dar respuestas a problemas nuevos, para los cuales ya no sirven los esquemas incorporados” (Freytes Frey, 1997).

El trabajo ha ocupado un lugar medular en el proceso de conformación de la identidad y para la integración social, ya que los sujetos definían su lugar en la sociedad a partir de la posición ocupada en la estructura productiva. En ello residió, exactamente, el interés de la investigación que estuvo detrás de este artículo: examinar, a través de las representaciones sociales en torno al trabajo, las contradicciones que pueden emerger en la construcción de las identidades en un contexto de transformación y crisis del trabajo.

En concordancia con lo anterior, el estudio empírico siguió dos objetivos de carácter descriptivo. Por un lado, caracterizar las representaciones sociales en torno al trabajo que tienen varones jóvenes pobres y residentes en barrios marginales del conurbano bonaerense. Y por el otro, describir la relevancia de esas representaciones sociales en la construcción de su identidad.

Tales objetivos son posible de alcanzar mediante un examen directo del mundo social que esté mediado por los sujetos estudiados inmersos en él. Sólo ello puede permitirnos descifrar el proceso al cual los jóvenes se consagran para construir sus representaciones y su identidad. La intención es privilegiar las propias experiencias y definiciones de las personas y convertirlas en una guía para el análisis. Por ese motivo, este trabajo se llevó adelante mediante una estrategia metodológica cualitativa y un análisis minucioso e inductivo de los discursos de las entrevistas realizadas a varones de entre 19 y 29 años, que residen barrios carenciados del Gran Buenos Aires (Provincia de Buenos Aires).

En rasgos generales, los jóvenes entrevistados viven en pareja y tienen de uno a cuatro hijos pequeños. No han terminado sus estudios secundarios y en algunos casos ni los primarios (excepto dos que han realizado algún terciario), y habitan en villas o barrios marginales del conurbano bonaerense. La mayoría trabaja en el sector gastronómico o en actividades íntimamente vinculadas a dicho sector, sea en restaurantes, bares o panaderías (como mozo, lavacopas, cocinero, panadero, o pizzero), en comercios como verduleros, en la rama de la construcción, de limpieza, o en changas o pequeños emprendimientos individuales con los que sobreviven cotidianamente. Sus trabajos son changas o empleos inestables, en su mayoría en negro e informales, de un promedio de nueve horas diarias y con sueldos ínfimos que no cubren la canasta familiar básica.

Comenzaremos presentando los conceptos centrales del abordaje teórico con los cuales se abordó este estudio, para luego presentar los resultados acerca de las características de las representaciones sociales del trabajo y de cómo operan en la identidad; para, finalmente, concluir este artículo con dos reflexiones sobre la integración social de los jóvenes.

2. Las claves teóricas del análisis

2.1. El Mundo del Trabajo

El trabajo ha sido una dimensión central y uno de los fundamentos estructurantes de las llamadas sociedades industriales desde hace dos siglos. Si bien el trabajo después de la Revolución Industrial tomó diferentes formas, reconociéndose siempre como empleo asalariado, ha marcado a fuego las relaciones de los seres humanos con el mundo, entre sí y consigo mismos, convirtiéndose a partir de la década del cincuenta y según algunos autores, en un “hecho social total” (Meda, 1998), es decir, en relación social fundamental, en medio de integración social y en factor esencial de realización personal.

Las identidades se nutrieron durante décadas de representaciones sociales en torno al trabajo que, además de proporcionar seguridad y coherencia, se ajustaban a una realidad de crecientes beneficios laborales en una población mayoritariamente empleada y asalariada. De ahí que el empleo asalariado haya tenido la función de fortalecimiento de las solidaridades colectivas, como “forma moderna de estar-juntos y de cooperar” (Meda, 1998), es decir, de ser el soporte cotidiano del vínculo social.

Sin embargo, y en general para los países desarrollados y subdesarrollados, la década del setenta marcó el comienzo de una crisis, provocada por la disminución de las tasas de crecimiento de la productividad debido al agotamiento de la potencialidad de los procesos de trabajo, los shocks petroleros y el proceso de mundialización, que acarrearón la baja de las tasas de ganancia y dificultades para mantener el ritmo de la acumulación de capital (Neffa, 1999). Estos cambios fueron el entretelón de una nueva teoría de desarrollo: el neoliberalismo, que en su aplicación produjo un crecimiento inestable y desigual, crisis recurrentes y una baja de los salarios, del empleo y de las garantías conquistadas para este último ámbito. El desempleo en cifras increíblemente altas fue la primera y más llamativa manifestación del proceso creciente de exclusión.

Una nueva situación fue caracterizando el mercado de trabajo: desempleo estructural, empleo no registrado y precario, rigidez salarial, pobreza y exclusión, desregulación de la legislación individual y colectiva del trabajo y disminución de la protección social como consecuencia de la crisis del Estado de Bienestar. Las categorías sociales más afectadas por la instauración en Argentina de este régimen de acumulación intensiva, centralización y concentración del capital y miseria (que trajo por consiguiente las características del mercado de trabajo señaladas arriba)² fueron y son los jóvenes de sectores medios y pobres, los trabajadores migrantes, las mujeres sin formación y jefas de hogar, los trabajadores que envejecen y los minusválidos³.

² Cuya profundización se inicia, en nuestro país, a partir de 1989 con la ley de reforma del Estado. Sin embargo, el patrón intensivo de estos procesos se desarrolla a partir de la década del setenta.

³ Así como las tasas de actividad crecieron para la mayoría de los grupos según sexo, edad, nivel de ingresos, las tasas de empleo se incrementaron para las mujeres y disminuyeron para los jóvenes, debido a su baja empleabilidad (lo que equivale a un insuficiente nivel de calificaciones). El monto de los ingresos disminuyó (cayó el salario real individual y creció el familiar por el incremento del número de perceptores por hogar); y aumentaron la diferencias entre estratos en la distribución de ingresos. La informalidad fue mayor, aumentó el

Las estadísticas disponibles sobre juventud que demuestran la profundidad de estos fenómenos, son sólidas y coincidentes, y atestiguan que los jóvenes fueron los más excluidos del mercado de trabajo argentino. La falta de oportunidades de empleo -y su condición de trabajadores secundarios- había fomentado, en años anteriores, la salida de este grupo etario del mercado laboral. Este comportamiento laboral persistió en el conurbano bonaerense, pero se modificó en otros aglomerados donde se observó, en los últimos años, una reinserción laboral. La mayor participación laboral de la juventud se tradujo, en el marco de una fuerte caída del empleo, en una mayor tasa de desempleo y subempleo (Siempro, 2002)⁴ y en el hecho de que sean los jóvenes los que presentan las peores condiciones de contratación (precarias, sin protección y sin estabilidad) (Jacinto y otros, 1998).

De acuerdo a algunos autores, la juventud está caracterizada generalmente por la finalización de la etapa de formación inicial y, por las primeras experiencias de trabajo y estudio que marcan la construcción de una identidad (Dubar, 2000a). Según algunos estudios (Dubar, 2000a, 2000b), la salida del sistema escolar y la confrontación con el mercado de trabajo constituyen un momento esencial en la construcción de una identidad autónoma que, hoy por hoy, se ve atrapada en la encrucijada de un mercado de trabajo en crisis. Esta primera confrontación constituye la base de una identidad ocupacional que se irá construyendo progresiva y dialécticamente en el tiempo. Esta primera elección (del modo de inserción en el mercado de trabajo) está sumamente vinculada con la proyección de sí en un futuro, y con la anticipación de una trayectoria de empleo y aprendizaje que anticipará un determinado estatus social, y trazará una red de relaciones duradera para su vida adulta.

Por eso, los riesgos de exclusión derivados de la no participación de un espacio y un tiempo común que resulta de la ausencia o la fragmentación del trabajo, podría afectar particularmente a los jóvenes, quienes se enfrentan con una disminución de sus oportunidades de inserción laboral y social.

Dentro de este marco, surgen los interrogantes a cerca de las representaciones sociales actuales en torno al trabajo y su relativa importancia en la construcción de la identidad en un contexto declinante, en el que el empleo asalariado (forma moderna de trabajo) y sus relaciones y condiciones han entrado en crisis. ¿Puede, acaso, el trabajo mantener su posición medular en la identidad en los casos donde sólo constituye un sostén frágil e intermitente y ya no resulta una fuente de comunicación e integración con los demás?

cuentapropismo y predominó la precariedad. El empleo no registrado siguió creciendo, al igual que las consecuencias del trabajo precario, la duración de la jornada de trabajo, el desempleo (que aumentó, principalmente, entre los de menores ingresos y entre mujeres y jóvenes) y la pobreza e indigencia (Neffa, 1999).

⁴ De hecho, para Octubre de 2002, un 58,3% de los jóvenes de entre 15 y 29 años del GBA trabajaban o buscaban un trabajo (es decir, se encontraban activos). Del total de esos activos, un 25,3% estaba desocupado, valor que ascendía a 37,6% si se analizaba el grupo de jóvenes pobres (a diferencia del 18,8% de desocupados que existe entre los jóvenes no pobres). Este valor se vuelve más crítico si se considera que más de la mitad (el 57,7%) de los jóvenes es pobre, condición que se acentúa a medida que baja la edad sobre la que se hace la medición. Elaboración propia, en base a datos obtenidos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) de Octubre 2002, INDEC - Ministerio de Economía (<http://www.indec.mecon.gov.ar>).

2.2. Las Representaciones Sociales

Siguiendo a algunos autores, coincidimos con que las estructuras sociales y la interpretación que los agentes hacen de esas estructuras son dos momentos inescindibles del análisis y de la realidad (Bourdieu, 1993). Aun cuando pueda plantearse una prioridad epistemológica -como afirma Bourdieu- en la que deben colocarse en un primer momento las estructuras objetivas y en segundo término la experiencia de los sujetos, sus representaciones y percepciones de la realidad, la realidad es indudablemente dual: material y simbólica.

Las estructuras objetivas son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones. Por eso las representaciones deben ser consideradas para dar cuenta de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o conservar las estructuras históricas (Bourdieu, 1993).

Las representaciones sociales deben ser entendidas como “construcciones simbólicas individuales y/o colectivas a las que los sujetos apelan o a las que crean para interpretar el mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás, y para determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica. Median entre los actores sociales y la realidad y se le ofrecen como recurso: para poder interpretarla, juntamente con su propia experiencia; para referirse a ella discursivamente; y para orientar el sentido de su acción social.” (Vasilachis de Gialdino, 2000: 926).

Las representaciones sociales cumplen una función de guía práctica, de conocimiento de sentido común, forjadas a partir de la experiencia de los sujetos en un determinado contexto y con determinados recursos. Emergen de y se vinculan a posiciones en la estructura social, por medio de intereses y de esquemas de percepción, a los que Bourdieu (1993) denominó “habitus”. Este último, como sistema de esquemas de percepción, apreciación y producción de prácticas, implica una matriz de clasificación que funciona más allá de la conciencia y del discurso, aunque puede ser expresada mediante este último. Los esquemas de habitus son disposiciones que, configurando representaciones sociales, orientan las prácticas de acuerdo a normas, valores y patrones preestablecidos y compartidos socialmente.

Las representaciones sociales son imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede y dar sentido a lo inesperado; y categorías que sirven para clasificar circunstancias, fenómenos e individuos (Jodelet, 1997). Y por eso mismo son también sistemas indeterminados y abiertos: por la infinita capacidad significativa de la cultura y algunos de sus productos principales como el lenguaje, por la multiplicidad de posibilidades de interpretación de los hechos sociales, y por la alta probabilidad de variación de los sistemas clasificadores que resulta de la dinámica social e histórica.

Ahora bien, justamente por su carácter constructivo, las representaciones sociales no son solamente portadoras de determinaciones sociales, ni meros esquemas de reproducción de estructuras sociales condicionantes. Son, como ya vimos, objeto de luchas tanto colectivas entre grupos sociales, como individuales entre atribuciones y apropiaciones de clasificaciones por parte del sujeto.

De ahí que las estructuras simbólicas cumplan funciones eminentemente políticas. “Los sistemas simbólicos no son meros instrumentos de conocimiento, también son instrumentos de dominación” (Bourdieu, 1995: 22) que dando forma y significado a una imagen, a una práctica o a una sensación definen a los sujetos y a los grupos.

Finalmente, las representaciones sociales marcan el punto de intersección entre lo individual y lo social, lo psicológico y lo sociológico. Construyen la realidad objetiva porque guían a los sujetos en sus relaciones sociales y en sus prácticas cotidianas; y construyen la realidad subjetiva, otorgándoles -debido a su raíz colectiva- el reconocimiento y la seguridad básica que las personas necesitan para darle coherencia a su existencia. Es decir, estas imágenes que son las representaciones cumplen una función interpeladora y constitutiva de la identidad.

Es decir que, las representaciones por un lado, median entre las personas y la realidad, y por el otro, *interpelan*⁵ a los seres humanos como sujetos, y al hacerlo producen identidad. Dentro del conjunto de representaciones sociales relevantes para la construcción de la identidad, aquellas que giran en torno al trabajo han significado, principalmente durante la segunda mitad del siglo XX, un cimiento substancial en dicha construcción. A nivel individual y colectivo, la representación de uno mismo como “trabajador” y, además, como trabajador “de un sector y de un tipo específico” supuso una centralidad muy fuerte en comparación a otras determinaciones sociales basadas en otros criterios, como la territorialidad, religión, la ideología, el género o la edad.

2.3. La Identidad

La identidad no debe ser entendida como dada una vez y para siempre ni como una suma pasiva de roles a lo largo de toda la vida de las personas; es en cambio una negociación interactiva y significativa. De esta manera los agentes humanos dotados de entendimiento, voluntad y deseo son capaces de obrar de forma reflexiva (Giddens, 1986), y por ello participan recursivamente de la construcción material y simbólica de sí y de las estructuras dentro de las cuales se da el proceso social de atribución de identidad.

La identidad, tomando la definición de Claude Dubar (2000b), es una construcción/reconstrucción entre dos procesos y dimensiones de las personas: lo biográfico y lo relacional. El sujeto construye su identidad a partir de una transacción *interna* al individuo, delineando “qué tipo de persona uno quiere ser” en correspondencia con su biografía; y una transacción *externa* entre el individuo y las instituciones y grupos a los que pertenece, a través de la cual se perfila “qué tipo de persona uno es”, y con ello a qué definición oficial corresponde.

De esta manera y a través del conjunto de representaciones sociales que conforman por un lado el acto de pertenencia y por otro el de atribución, el sujeto edifica en una misma identidad dos dimensiones de sí: la *identidad para sí* y la *identidad para otro*. Ambos aspectos de la identidad son inseparables y se construyen en un proceso continuo en el que el sujeto y su entorno se entre-trascienden y determinan.

⁵ Es decir, se dirigen a sujetos que poseen la capacidad y la conciencia para elaborar e interpretar dichas representaciones.

La distinción entre lo biográfico-personal y lo relacional-social, debe comprenderse solamente en un plano analítico. La identidad es el resultado contingente de la articulación de esas dos dimensiones, realizada en el plano del discurso. Es decir, dicha articulación, se procesa en el nivel simbólico de las representaciones. Y por ello, éstas resultan ser un emergente privilegiado para el estudio de la identidad.

La identidad, retomando a Dubar (2000b), es el “resultado a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen a los individuos y definen a las instituciones”⁶. La identidad personal se vincula con la capacidad de las personas de diferenciarse de los demás y ser, por ello, únicas e irrepetibles. La identidad grupal, en cambio, nos hace partícipes de la sociedad e influenciados por los procesos históricos de índole política, cultural y económica.

La dimensión relacional, es decir, la “identidad para otro”, es ineludible en un estudio sobre identidad, porque esta última está vinculada a la incesante búsqueda de reconocimiento: el *otro* es fundante desde las etapas más tempranas de la vida.

Las identidades se nutren constantemente de identificaciones que cimientan la subjetividad, y con ello construyen microscópicamente las prácticas de cada persona. Las fuentes significativas e identificatorias de la subjetividad pueden ser múltiples, es decir, existe un abanico de discursos interpelantes que materializan actos permanentes de atribución a los sujetos. La familia, como instancia más temprana, provee las identificaciones primarias, que estarán seguidas por otras que emanan de posteriores marcos referenciales presentes a lo largo de toda la vida, como el grupo generacional, el grupo étnico, la formación escolar, la pertenencia política, la comunidad o barrio, la religión, el género y el espacio de trabajo.

Debido a la mencionada multiplicidad de interpelaciones, la identidad no se compone de elementos armónicos, sino que está interceptada por prácticas y discursos diferentes o antagónicos⁷. Pero, precisamente porque las identidades son construidas también a partir del discurso, es necesario entenderlas como producidas en espacios institucionales e históricos específicos (Hall, 1997), que es imprescindible atender en cualquier análisis. Emergen del juego de diferentes modalidades de poder, de procesos de exclusión y de diferenciación, pero también de las diferentes estrategias de reacción e interpretación por parte de los sujetos. Por eso son parte de un proceso de construcción y reconstrucción inagotable, en el que las personas no pierden su papel activo y protagónico.

Diferenciación, identificación y reconocimiento son momentos inseparables y articulaciones del proceso de construcción de identidad, y están situados en el seno de la experiencia conflictual y social de las relaciones humanas (Sanselieu, 1988).

Como ya mencionamos, el mundo del trabajo fue un lugar fecundo donde las identificaciones generadas a partir de diferenciaciones estables en el mercado laboral, contribuyeron a establecer un firme reconocimiento de los sujetos y de su valor social.

⁶ Traducción propia.

⁷ Las definiciones hechas por *otros* y la propia pueden no coincidir y hasta enfrentarse.

Las categorías referidas al trabajo, que señalaban el lugar de las personas no solamente en la producción sino también en la sociedad en general, fueron recursos de gran importancia en la definiciones de sí y en la búsqueda de reconocimiento social. Y por eso hemos elegido el ámbito laboral para dar cuenta de las repercusiones sobre las identidades en una época de transformaciones materiales profundas.

3. Trabajo e identidad

3.1. El carácter complejo de las representaciones sociales en torno al trabajo

“Porque es esclavizado el trabajo. El trabajo es esclavizado de por sí. O sea si no te ubicas en un lugar de primordial, viste? es esclavizado. En el restaurante, seguro que no tenés fin de semana. Ni fin de semana, ni feriado, todo lo que sea... vos estas de fiesta, yo no.”

“No... O sea, yo lo he pensado más de una vez, pero mi vida sería... no sería vida sin trabajar. Algo tendría que hacer siempre. Por ahí en menos cantidad, pero el trabajo tendría que estar en mí.”
(Víctor, 29 años, cocinero, Villa La Cava)

Las representaciones sociales en torno al trabajo son la resultante de una síntesis entre las imágenes que surgen de la materialidad, las percepciones, las atribuciones y las relaciones dentro del campo social del trabajo, expresadas a través del discurso.

En este sentido, y de acuerdo a la evidencia empírica analizada, podemos afirmar que las representaciones en torno al trabajo que tienen los varones jóvenes pobres y residentes de áreas marginales, se componen de elementos múltiples y contradictorios que vuelven compleja cualquier definición que los sujetos quieran dar del trabajo. Las mismas subrayan el carácter complejo de este último. Con igual peso cabe remarcar que dichas representaciones implican severas consecuencias sobre el reconocimiento que los demás tienen de ellos y sobre sus relaciones con el resto de la sociedad, como veremos en los puntos siguientes.

Los jóvenes entrevistados presentan trayectorias laborales no muy extensas en el tiempo pero sí muy marcadas por el sacrificio. Los mismos recogen en sus relatos una multiplicidad de trabajos mediante los cuales han sido socializados en la inestabilidad, el cambio constante, la precariedad y la falta de derechos. Estas experiencias fueron acompañadas por inicios muy prematuros de su vida laboral que parecen haber sido forzados por circunstancias familiares, contextuales, o personales que uno podría entender desde una mirada macrosociológica como su condición de clase (o posición social, diría Bourdieu). Además, el discurso (y en consecuencia las representaciones sociales) está signado por una dilución temporal que dificulta la reconstrucción del sentido de la propia identidad, es decir, que entorpece la evaluación del pasado, y a partir de él, cualquier proyección futura. La sensación de “trabajar desde siempre” transmite, de alguna manera, esta cuestión.

Estas trayectorias (que replican sus formas en las condiciones actuales de trabajo), están fundadas en modelos de socialización muy fuertes en dos cuestiones distantes entre sí que parecen pautar la experiencia laboral: la sumisión a o si se quiere la conformidad con esas condiciones, y la centralidad del trabajo en la vida de una persona.

Junto al mandato que empuja a trabajar tempranamente, la actividad en sí misma adquiere una importancia nuclear. El trabajo es visto como “esencia”, como una

“necesidad” intrínseca, como una forma de “realización personal” indiscutible. Aquel los ha emancipado desde pequeños, les ha llevado la autonomía que la necesidad invalida, y por eso, para estos jóvenes el trabajo es sinónimo de “independencia”⁸.

No cabe duda que estar ocupado es muy importante en la vida de estos jóvenes. El trabajo, a pesar del sufrimiento, el cansancio o la precariedad, les permite sentirse vivos (“estar en movimiento”), y hasta cumplir su papel de proveedor del hogar. Lo cual no implica que esperen de su rol profesional la realización íntegra de su identidad, como pudo suceder con generaciones anteriores.

Ahora bien, dicha centralidad ya no se construye en una intensa y activa participación del trabajador en un colectivo organizado, o ni siquiera por el establecimiento de vínculos estrechos y duraderos dentro de un espacio específico de actividad. Y es aquí donde reside la clave de los cambios objetivos en esta esfera social.

Lo que caracteriza a estos jóvenes es una rotación y una movilidad laboral tan alta, y una tan significativa ausencia de relaciones profundas y de gran compromiso dentro del trabajo, que agrava la falta de vínculos.

Por otra parte, y dentro de los aspectos más negativos presentes en las representaciones en torno al trabajo, está el hecho de que el mismo sea un obstáculo a su socialidad. Los horarios y la duración de la jornada de trabajo afectan sus relaciones, no ya adentro sino afuera del trabajo: les trae problemas familiares, les impide ver a sus hijos, estar con sus amigos, y hasta dejan su participación en organizaciones sociales porque consiguen un empleo. El trabajo les quita tiempo para extender sus vínculos o afianzarlos.

A la falta de vínculos fuertes sigue una de las más desesperanzadoras consecuencias de los procesos actuales de transformación: la minimización de la importancia del “nosotros” dentro del ámbito laboral. Es decir, la aspiración a la organización colectiva en torno a este eje -el trabajo- como núcleo aglutinador, como forma de integración a la sociedad, como medio de satisfacción de las carencias, de resolución de los conflictos, y como espacio fundamental de identificación, se pierde por su omisión en los discursos y en sus intereses. El pasado afán de encontrar en ese espacio un grupo desde donde proyectarse individual y colectivamente, ha desaparecido para estos jóvenes.

El análisis de los vínculos dentro del trabajo es importante, porque la pérdida de significatividad de ellos implica la mengua de un tradicional espacio de identificación y de reconocimiento para los sujetos. Y, porque como decíamos anteriormente, es en las transformaciones de lo vincular -a partir de las cuales el *otro* pierde fuerza- donde se encuentra el mayor efecto sobre la identidad.

Las relaciones dentro del trabajo y a partir de él, como vínculos de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, no dejan de manifestar formas de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza más extensivas al conjunto social (Bourdieu, 1993). Esto nos permite entender la importancia del trabajo definido en términos de reconocimiento y de valoración de sí, o la importancia de la calidad y el monto de las relaciones que puedan entablar dentro de ese marco.

⁸ Utilizaremos en algunas circunstancias las palabras con las que los jóvenes estudiados se refirieron al trabajo, debido a que la mayoría de las variables de análisis se construyeron inductivamente de esa forma.

El espacio donde el trabajador desarrolla su tarea, así como en otra época representó una fuente inclusiva de reconocimiento (político, jurídico, económico y personal), en el caso de estos jóvenes se convierte en una negación de esa potencialidad que se pone de manifiesto tanto en el discurso que ellos mismos traen, como en el análisis deducido de sus trayectorias.

Si bien mediante la posesión de un trabajo algunos jóvenes pueden sentirse reconocidos, las definiciones que ellos dan de sus empleos transmiten la percepción (al mismo tiempo que la conciencia actual de los jóvenes) de qué lugar les deja la sociedad: trabajos precarios o la negación de ellos, que están en consonancia con otras formas de reconocimiento negativo -o desvalorizante- como las escuelas marginales (o en palabras de ellos: “escuelas de última”), las pocas chances de cambiar su situación habitacional, y las exiguas alternativas sobre las cuales proyectarse⁹.

El desconocimiento y la estigmatización social de estos jóvenes, queda evidenciada en claros actos de atribución mediante los cuales se los maltrata, se les niega un trabajo digno, o directamente se les veda trabajo alguno por su condición de “villero”, que en algunos casos es sinónimo de “peligro”. Todas estas atribuciones son incorporadas (e irrefutablemente asumidas en algunos casos) a las representaciones e imágenes acerca del trabajo; que justamente, cuando estas últimas entran en relación con los demás aspectos de la identidad configuran las imágenes de sí y las formas de reconocimiento que los jóvenes internalizan y que expresan al hablar de ellos en una entrevista.

Otra cuestión en la que podemos ver cómo se pone en jaque el reconocimiento está vinculada a la formación y al aprendizaje en sus trayectorias de trabajo. El hecho de que estos chicos adhieran a un paradigma laboral “fuera de época” (por las competencias y destrezas que desarrolla), o que se inserten en trabajos de baja calidad y de baja competitividad, en los cuales no logran entrenarse, ni alcanzar un aprendizaje de las nuevas habilidades demandadas por el mercado de trabajo, en realidad los aleja del resto de los jóvenes de su generación que sí logran asumir las tendencias tecnológicas y económicas innovadoras (Erikson, 1987). El alejamiento de estos jóvenes de los modelos de trabajo imperantes los vuelve incapaces de identificación con los nuevos roles de competencia e invención valorados y reconocidos por los discursos oficiales y las tendencias dominantes en la sociedad. O sea, no logran aprender ni adoptar aquellas cualidades que los harían “valorables” según las tendencias oficiales y los discursos autorizados. Y entonces quedan relegados a un *no-lugar*¹⁰ de silencio, sumisión y marginalidad.

Las condiciones dentro de las cuales los entrevistados desarrollan su actividad señalan la desvalorización social de la cual son objeto los jóvenes pobres; desvalorización que, en

⁹ Esto puede observarse en un análisis de las relaciones dentro de otros campos de acción (la escuela, la familia, organizaciones sociales y políticas, y el barrio) que no fueron abordados en este artículo, aunque si fueron parte de la investigación.

¹⁰ Esa es la forma en que Marc Augé se refiere a los lugares propios de la modernidad: lugares donde circulan individualidades solitarias, donde reina lo provisional y lo efímero. Según este autor, un *lugar* puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico. Por eso un espacio que no puede definirse según estas características (es decir, ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico) definirá un *no lugar* (Augé, 1998).

última instancia, representa un déficit de lugar en la estructura social (y que es incorporada a las representaciones sociales). Descalificación laboral que los descalifica en otros planos como el cívico o el político.

La sensación resultante luego de analizar las representaciones en torno al trabajo de estos jóvenes es, como diría Castel, la “precariedad como destino”. “Cuando se habla del descrédito del trabajo entre las nuevas generaciones, y en el cual hay quienes ven el signo feliz de una salida de la civilización del trabajo, debe tenerse presente esta realidad objetiva del mercado del empleo. ¿Cómo cercar estas situaciones y ligar un proyecto a estas trayectorias? (...) Lo que se rechaza no es tanto el trabajo sino un tipo de empleo discontinuo y literalmente insignificante, que no puede servir de base para la proyección de un futuro manejable. Esta manera de habitar el mundo social impone estrategias de sobrevivencia basadas en el presente. A partir de allí se desarrolla una cultura que, según la atinada expresión de Laurence Rouleau-Berger, es ‘una cultura de lo aleatorio’” (Castel, 1997: 415).

Las representaciones sociales en torno al trabajo establecen una relación entre el sujeto y la actividad que insinúa algo más que su posición dentro del mercado de trabajo. Los significados sociales siempre *remiten a algo*, simbolizan una *relación* y hablan *en nombre de alguien*. En estos casos, aluden al valor social de este grupo de juventud, es decir, vuelven presente el lugar que le es otorgado dentro del mapa social y la relación de poder que ellos mantienen con la totalidad. Y lo hacen en nombre de la toda sociedad, pero de la manera más simple, introduciendo la presencia de dicha imagen de valor dentro de las conciencias y prácticas cotidianas (aun cuando nunca pueda dejarse de lado la interpretación por parte del sujeto).

El tipo de reconocimiento desvalorizante (evidenciado a partir del rol productivo de este grupo de juventud) y sus consecuencias sobre la confianza básica, la capacidad para generar vínculos perdurables, o la representación de un accionar colectivo atraviesan otros espacios de interacción de los jóvenes analizados, y por eso, como veremos, afecta profundamente la dimensión relacional de la identidad.

3. 2. El peso del trabajo en la identidad: las transformaciones de la dimensión relacional

“No soy de hacerme amigos en el laburo. No soy de hacerme amigos en ningún lado. Es que somos así los dos. Somos ermitaños los dos [él y su esposa]. Yo no soy de tener amigos. Por ahí quieres tomar una cerveza conmigo y está todo bien; quieres ir a jugar a la pelota y no hay problema. Pero de ser amigo, lo que se llama un amigo-amigo, no tengo. Compañeros, conocidos o como vos quieras llamarlo, pero amigos no tengo”.

(Victor, 29 años, cocinero, Villa La Cava)

El motivo que nos había impulsado a analizar el mundo del trabajo y su relación con el proceso identitario es la aceptación de que el trabajo se convirtió, a partir de la

consolidación del estatuto asalariado como pilar de la identidad social, en un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social (Castel, 1997). La profunda correlación existente entre el lugar ocupado en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y de protección que resguardan al individuo ante los riesgos de la existencia, nos permite otorgarle un significativo lugar en el análisis de las cuestiones de identidad.

“Cuando [el trabajo] desaparece, corren el riesgo de fracasar los modos de socialización vinculados a él y las formas de integración que él nutre” (Castel, 1997). En el marco de una sociedad que no ha logrado reemplazar el sostén del trabajo por otros pilares a los que él había venido a suplantar; sin el uno y sin los otros, la persona queda librada a la desprotección y al desamparo de su soledad.

Como hemos visto, las representaciones sociales en torno al trabajo de los jóvenes estudiados confirmaron la importancia del mismo en la vida de una persona¹¹. Sin embargo, el trabajo en condiciones de inestabilidad, precariedad y alienación pierde significatividad en su función integradora, en la construcción de vínculos y en la generación de un *nosotros* que fortalezca su identidad a partir de su inclusión en un determinado estatuto. Las relaciones laborales no les permiten crear un espacio de solidaridad desde donde proyectarse, no alcanzan a satisfacer las demandas de reconocimiento (más bien las aumentan) y ni siquiera compensan, a partir de la utilidad y prácticas compartidas en ese ámbito, la imagen negativa de sí mismos producida también en los demás ámbitos.

Es evidente que el *otro* dentro de la esfera laboral se vuelve frágil. A esta otra fragilidad (diferente a la generada por la ausencia de vínculos o por una imagen negativa de sí) sigue la pérdida del sentido colectivo de la acción, de la posibilidad grupal de organización.

Teniendo en cuenta que estos jóvenes casi no participan de otros colectivos o grupos, además del trabajo, sus relaciones con la sociedad son problemáticas, desde el momento en que el trabajo se vuelve cada vez más precario e inestable y con ellos las relaciones que se desarrollan en éste ámbito.

La realidad laboral aparece como emergente de un proceso más amplio de creciente individualización. Porque, como sostiene Castel (1997), si bien el trabajo no pierde importancia en la identidad, deja de integrar al colectivo social. Este ámbito no constituye un espacio de construcción de vínculos significativos para la identificación e integración de los jóvenes. Los aspectos negativos de sus empleos (la inestabilidad, la precariedad o la intermitencia) despojan el espacio laboral de su centralidad para la inclusión social.

No caben dudas de que las características laborales de los jóvenes siguen siendo una determinante relevante de la posición dentro del espacio social. Por cierto, la marginalidad y la subordinación de dicha posición claramente los sitúan en un lugar poco privilegiado del sistema y las relaciones de poder. Lo que en realidad se disuelve del trabajo es la

¹¹ Objetivamente, el trabajo acompaña (como efecto o causa) los puntos de inflexión de sus vidas: dejan la escuela porque comienzan a trabajar, comienzan a trabajar porque queda embarazada su novia y a raíz de ello forman su pareja y su familia actual, comienzan a trabajar porque desean independizarse de sus familias. Pero además, y en términos del significado que le otorgan, el trabajo les permite expresarse, realizarse, sobrevivir, sostener a sus seres queridos, desplegar otros roles como el de proveedor, padre o pareja, etc.

función subjetiva de *integración* al todo social, es decir, el trabajo como fuente de identificación se ve dañado por los procesos de transformación que lo atañen.

La *fragilidad vincular*, el *carácter negativo de las imágenes de sí* y la *ausencia de categorías integradoras capaces de generar identidades colectivas* -que se desprenden de una imagen compleja del trabajo y de la pérdida significatividad de las relaciones en ese ámbito-, son procesos más amplios que si bien parecen no limitarse al ámbito del trabajo (y por eso pueden ser interpretados solamente si son puestos en relación con los demás campos de acción e identidad del sujeto) emergen en él en un contexto de profundas transformaciones. Estas tres características presentes en la relación de los jóvenes con el trabajo, afectan inevitablemente la *dimensión relacional* de la identidad¹².

Con ello no se está diciendo que el *otro* pierde importancia en la construcción identitaria¹³. En cambio, puede afirmarse que los modelos identitarios fuertes, cerrados, estables, instituidos, están replanteándose, no brindan previsibilidad, e interpelan negativamente a los jóvenes.

La cuestión relacional en la subjetividad es central si se considera que no hay identidad posible sin un *alter* con el cual construirla. Sin embargo, en escenarios de alta rotación, precariedad, e inestabilidad del trabajo, el *otro* -es decir, *lo atribuido* en términos de Dubar- parece diferenciarse de cualquier definición teórica que trate sobre él. La dimensión relacional de la identidad parece adquirir rasgos particulares en condiciones de juventud, pobreza y marginalidad.

Estas ideas, así presentadas, pueden resumirse en tres hipótesis relativas al trabajo pero que además, pueden hacerse extensivas a las demás dimensiones de la identidad.

- La baja densidad y la fragilidad de relaciones afectan la construcción de la identidad en la medida que limitan los discursos interpelantes, fuentes tanto de categorización como de reconocimiento social. La intermitencia y la alta rotación de los trabajos de estos jóvenes que resulta en una movilidad con rumbo incierto, así como la expulsión que prefiguran las instituciones sociales primarias como la familia y la escuela, dan señales acabadas de ello.
- Gran parte de los discursos provenientes de las instituciones sociales clásicas, o los actores preponderantes en el sistema de acción de estos jóvenes, interpelan negativamente, definiendo a los jóvenes a partir de su privación y carencias. Sus trabajos precarios justificados en su baja calificación, la dificultad de ocupar un empleo que los pueda hacer sentir socialmente valorables; así como la incapacidad que les ayuda a configurar la escuela, o la peligrosidad de que los empapa la policía, son algunos ejemplos -entre otros- de configuraciones desvalorizantes y humillantes elaboradas por su medio relacional.

¹² Aún cuando uno pueda argumentar que la capacidad de resistencia y reacción por parte del sujeto es lo suficientemente importante como para compensar el desgaste y desintegración producidos por los procesos analizados, lo cierto es que toda recomposición se asienta sobre una descomposición previa que es imposible borrar del mapa biográfico de estos jóvenes.

¹³ Decir algo así equivaldría, no solamente, a contradecir nuestra definición relacional de identidad, sino, a anular la dimensión social de constitución de los sujetos.

- Las identidades colectivas heredadas por la sociedad de épocas pasadas, están desprestigiadas y revisten poca importancia para estos jóvenes, y con ello pierde relevancia el sentido colectivo de la acción. El *nosotros* se diluye frente a un individualismo que aparece triunfante. La ausencia de identidades colectivas orgánicas pasa a formar parte de las condiciones normales de constitución identitaria. La opción de renunciar en vez de luchar por sus derechos laborales cuando no son cumplidos, o el desinterés -y en algunos casos el rechazo- hacia las formas organizadas comunitarias y políticas son todos ejemplos de ello.

Estos rasgos que adopta el plano relacional de la identidad nos llevan a analizar la gravedad de la “desafiliación” de estos jóvenes. Tomo prestado el término de Castel porque considero que resume de buena manera el desenlace de las tres hipótesis anteriormente planteadas. La desafiliación, como disociación o descalificación, es un concepto relacional que apela, “no a confirmar una ruptura sino a retrazar un recorrido” (Castel, 1997: 16), y por eso a ponerlo en relación con todos los otros con los cuales los sujetos comparten su vida. “Habrá que reinscribir los déficit en trayectorias, remitir a dinámicas más amplias, prestar atención a los puntos de inflexión generados por los estados límite. Buscar las relaciones entre la situación en la que se está y aquella de la que se viene, no autonomizar las situaciones extremas sino vincular lo que sucede en las periferias y lo que llega al centro” (Castel, 1997: 17).

La desafiliación nos habla de un tipo de relación con el todo social caracterizado por la laxitud de las relaciones, la precariedad de las condiciones, la inestabilidad de las prácticas. No implica la ausencia completa de vínculos, sino la no afiliación del sujeto a estructuras dadoras de sentido compartido. Características, todas ellas, que hemos visto reflejadas en las representaciones y trayectorias de trabajo, enmarcadas a su vez, en un contexto de familias envueltas en la violencia, instituciones escolares que construyen imágenes negativas de sí, relaciones de vecindad que los estigmatizan, instituciones públicas como la policía o los partidos políticos que los manipulan y victimizan¹⁴. Todas ellas nos informan el tipo de relaciones (y no la ausencia de ellas) que mantienen estos jóvenes dentro de diversos sistemas de acción.

3. 3. Las consecuencias del proceso de apropiación de la fragilidad sobre la identidad

Hemos afirmado que la identidad es la resultante de un proceso de articulación entre dos planos de constitución de los sujetos: el biográfico y el relacional. En dicho proceso las atribuciones sociales provienen de las relaciones con el entorno más inmediato de la vida cotidiana y el ambiente más mediato de las instituciones sociales con las que las personas entran en contacto debido a que son parte de su mismo sistema de acción.

Sin embargo, lo distintivo de la relación marginal con el trabajo en el marco de biografías conflictivas¹⁵, no son solamente las condiciones objetivas, siempre condicionantes; sino

¹⁴ El análisis de los demás ámbitos de relaciones sociales no fue incluido en este artículo, pero ha sido un producto lateral de la investigación general.

¹⁵ Como es el caso de las estudiadas. Las historias de estos jóvenes están envueltas en múltiples rupturas con su entorno y consigo mismo en tanto objeto de reconocimiento y de valorización social, y además, están

también, la forma de apropiación, la elaboración y la interpretación de lo heredado y experimentado. Esto es central en el proceso de construcción de la identidad, y lo que quiero venir a resaltar en el marco de este trabajo. Frente a una imagen negativa de sí, una interpelación colectiva ineficaz por parte de los actores tradicionales dentro del trabajo, los jóvenes tienen chances¹⁶ de rebelarse, de negar esas definiciones, de reaccionar reconstruyendo nuevos espacios al margen de los espacios oficiales, y manifestarse creativamente contra las atribuciones que los excluyen.

De acuerdo a lo aportado por la evidencia empírica, sin embargo, las condiciones a priori limitantes se combinan mayoritariamente con la aceptación de las atribuciones negativas, aún cuando en algunas excepciones puedan asignarles nuevos contenidos mucho más satisfactorios.

La aceptación de la discriminación cuando se busca un trabajo, o la pasividad frente al maltrato de los jefes son ejemplos de aceptación resignada de categorías limitantes (“peligroso”, “incapaz”). No obstante, también hemos registrado redefiniciones de su situación que se apoyan sobre características propias positivas. Se trata de intentos de interpretación del sujeto que ponen de manifiesto su capacidad para resignificar los objetos, modificando el sentido de las prácticas cotidianas. Por ejemplo, el “sacrificio” hecho esencia del trabajo, aún siendo producto de la desigualdad de condiciones, se transforma en “responsabilidad” cuando se trata del esfuerzo para brindarle a sus hijos posibilidades que ellos no tuvieron¹⁷.

En consecuencia, un factor importante de las características del mundo vivido de los jóvenes, es la evaluación positiva o negativa que realiza cada uno en torno a las capacidades que le brinda su trayectoria y la apreciación de sus posibilidades dentro del sistema de acción (Dubar, 2000b: 79). Por ejemplo, la vivencia conflictiva de la familia, no implica necesariamente una conformación familiar futura inestable: el individuo puede reaccionar contraponiendo su deseo o ideal de familia a su experiencia personal¹⁸.

La clave de estas nuevas configuraciones de lo relacional en la identidad cuyo desenlace aparece en nuestros casos como desafiliación, está en los efectos que tienen sobre el reconocimiento, las definiciones de sí y el sentido de la acción colectiva para los jóvenes (todos ellos componentes esenciales de la identidad). Es indiscutible que la identidad no

caracterizadas por procesos de socialización fuertemente cargados de violencia simbólica, contraproducentes para la integración social. Sus biografías están hechas de golpes estructurales, como la pobreza, la marginalidad, el maltrato familiar, la deserción escolar, la violencia institucional; y de quiebres más personales como la migración, el abandono, la delincuencia, el paso por la cárcel, las adicciones, o abusos sexuales. Pero también están sedimentadas sobre intentos de recomposiciones biográficas, como la conformación de su familia actual, el nacimiento de sus hijos o la búsqueda de un trabajo, que son vividos como apuestas individuales de restauración de una continuidad identitaria reiteradamente quebrantada.

¹⁶ No estamos desconociendo con esta afirmación, que esas “chances interpretativas” de los sujetos están también condicionadas por el marco social e histórico al que pertenecen. Recursivamente las formas de apropiación cobran sentido en el marco de fuertes condicionamientos objetivos.

¹⁷ Otro ejemplo similar, es la resignificación que opera cuando el debilitamiento de las relaciones producto del individualismo creciente, que resulta en una mayor reclusión sobre sí y sus parejas, termina siendo una oportunidad para otorgarle a éstas últimas un nuevo valor, sobre el cual reconstruirse y aceptarse.

¹⁸ De hecho, gran parte de los jóvenes anhelan su paternidad porque significa una chance para rehacer su propia historia.

puede construirse consistentemente dejando de lado la aceptación de los demás o sin alcanzar un equilibrio entre las definiciones propias y aquellas propuestas por el medio circundante. Las definiciones de sí y el reconocimiento son dos caras del mismo proceso representacional de construcción identitaria.

Reconocimiento

“¿Cómo nos ven? Mirá, cuando vengo acá, generalmente vengo de lo de mi hermano, en el semáforo de Rolón y Tomkinson, vos cruzas y se escucha que traban las puertas de los autos. Comprendo el miedo de la gente, entiendo el temor de la gente a la inseguridad. Pero a veces también te da bronca, depende el día, hay días que pasas y decís ‘holaaa’ y hay días que decís ‘qué pasa vieja de mierda’.”

(Diego, 23 años, empleado de limpieza, Virreyes)

El reconocimiento es tanto un punto de partida como de llegada en la experiencia relacional del sujeto. El mismo refiere en parte (pero no solamente) a la utilidad social de un individuo para la difícil tarea de producción de la sociedad. Por eso, cuando a un varón joven pobre se le niega un empleo que le rinda satisfacción, o una vivienda saludable, o la posibilidad de desarrollar sus capacidades y deseos, o se lo expone a un control policial sin fundamentos, lo que en realidad se le niega es el reconocimiento de *un lugar valorado* en la sociedad a la que pertenece. Se le recuerda que no son necesarias ni su energía renovada, ni su opinión o participación, ni siquiera su fuerza física para la construcción diaria del mundo social. “Si no hacen nada reconocido, no son nada” (Castel, 1997: 454).

La gravedad de estas consecuencias se acentúa durante la juventud, en virtud de que en ella “la fuerza del yo emerge de la confirmación mutua del individuo y de la comunidad, en el sentido de que la sociedad reconoce al individuo joven como portador de energía nueva y que el individuo así confirmado reconoce a la sociedad como un proceso viviente que inspira lealtad a la vez que recibe, guarda fidelidad así como la atrae y respeta la confianza del mismo modo que la exige” (Erikson, 1987: 197).

El reconocimiento es una manera de afirmación de sí mismo a partir de los demás. Anuncia el aprecio que tienen los *otros* de *mi* existencia y del valor de la misma. Es un producto de luchas de poder dirigidas a imponer los propios sistemas de evaluación y valoración de los sujetos. Por eso, puede representarse como un continuo que va desde el reconocimiento en sentido positivo (la evaluación “afirmativa” de un sujeto), pasando por un reconocimiento basado en imágenes estigmatizantes y negativas (y por eso desvalorizante), hasta el extremo de un total desconocimiento (o “no reconocimiento”) de la existencia del sujeto.

Un reconocimiento negativo o la falta de él no generan crisis o problemas en la construcción identitaria únicamente porque suscitan miedo a la muerte y a la miseria, sino y además, porque aluden al miedo a una vida sin sentido, despojada de deseos, desprovista de futuro.

El campo del trabajo es central porque de acuerdo a la forma de organización de nuestras sociedades adquirió a lo largo de la consolidación de la sociedad industrial, una fuerte legitimidad como sostén del reconocimiento de la identidad y la atribución de un estatus social. Pero como hemos visto, el trabajo está en crisis como espacio nuclear para la proposición de categorías sociales legítimas y valorizantes. Esto es aún más grave en el análisis de los empleos -precarios, inestables, inseguros- de los jóvenes pobres debido a la debilidad de otros sistemas de acción dentro de los cuales se insertan y desde donde se proponen identidades posibles. Es decir, la “elección” entre definiciones de sí, se da en un marco de completa limitación y dependencia (material y simbólica). La “oferta” de categorías es limitada (sobretudo, porque está acotada a categorías negativas) y por ello, las posibilidades de reconocimiento -en base a un equilibrio de definiciones que satisfagan a sí mismo y a los demás- también lo son.

La aceptación o el rechazo -que como dijimos siempre están condicionados- de las identidades propuestas por otros (actos de atribución) y las identidades reivindicadas por uno (actos de apropiación), están afectados en parte por el monto de reconocimiento que brinda cada una. El rechazo a ser considerado un “inútil” (por su prescindencia social y productiva), o “inexistente” (por su lugar de residencia), o “incapaz” (por el fracaso escolar) o “esencialmente peligroso” (por la policía), llevado al extremo comporta para el sujeto el riesgo de *ni siquiera existir* para los otros; e impone además la exigencia de elaborar nuevas categorías que aseguren otras formas de aceptación social. La identidad no es posible sin esos *otros*, y por eso la internalización de categorías limitantes y estigmatizantes resulta más “conveniente” para el sujeto porque, aunque negativa, esta forma de reconocimiento atrae igualmente la atención de un *otro*, frente a la posibilidad de no ser directamente objeto de su mirada (lo que implicaría una amenaza para la identidad) (Dubar, 2000b: 237).

Por eso la identidad de estos jóvenes debe jugar entre aceptar tales definiciones negativas y reelaborarlas para que no impliquen una negación de sí tan fuerte que termine paralizándolos y quebrándoles la autoestima. Esto a veces los lleva a justificar actos de discriminación y prejuicios sociales que cotidianamente los tienen como objeto, reaccionando con enojo en algunos casos, pero también, asumiendo una posición pasiva en otros casos. La aceptación por parte de los jóvenes de su identidad “villera” como una desventaja y como un justificativo de ciertos comportamientos por parte de algunos actores sociales (como los patrones que los maltratan y la policía que los detiene sin motivos); y la resignación frente a la desconfianza que genera solamente el color de su piel, son ejemplos de este doble juego de atribución y reelaboración de una identidad, cuyo único rédito es el reconocimiento a cambio de una imagen de sí sumamente deteriorada.

Definiciones de sí

“Camino y las chicas se cruzan, o chicos, se cruzan de lado, porque voy yo. Es más, ahora estoy aprendiendo. Antes que hagan eso, yo me cruzo, me voy a otro lado. Porque es incómodo, yo como que me hago el boludo y

cruzo, hago como que voy a cruzar, mientras venga para acá. Pero cruzo para que no crucen ellos. Para evitarles el mal rato a ellos.”

(Diego, 23 años, empleado de limpieza, Virreyes)

Las definiciones que los jóvenes dan de ellos mismos expresan de alguna manera esta síntesis¹⁹, cuyo saldo parece ser más perjudicial que beneficioso. Además, son la expresión biográfica y de apropiación del plano relacional del reconocimiento. Las imágenes subestimadas de sí parecen reflejar el reconocimiento basado en la falta y la privación que le otorgan los otros. El lenguaje es un componente mayor de la subjetividad (Dubar, 2000a: 207), por eso es clave la manera cómo se autodenominan²⁰.

De acuerdo al análisis empírico, sienten el peso de ser una carga y a veces de tener que negarse, negar su origen y aceptar quienes son ellos para *otros*. Son pobres, marginales y deben aceptar esa mirada que el resto tiene sobre sí. Este es el ejemplo de uno de los entrevistados, para quien trabajar es algo extraño ya que “un pibe chorro no trabaja”, afirmación que supone su ascensión reificada como “chorro” luego de haber pasado 10 años en la cárcel. O esto mismo está ejemplificado cuando en la búsqueda de trabajo suelen negar su residencia por vivir en una villa, como contaron varios entrevistados. Parecerían resignados a que son y serán maltratados, a que serán discriminados, o desvalorizados. Existe sobre ellos una juicio social de desconfianza. Así como existe por parte de algunos una aceptación pasiva, resignación y sometimiento.

En la misma línea, podemos notar cómo también en las autodefiniciones de los jóvenes la cuestión central de saberse ocupando un lugar valorado en la estructura social (donde la sociedad los necesita) entra en crisis en el momento que ésta le demuestra de múltiples maneras que puede prescindir de su trabajo y de su opinión.

Por eso si un balance por parte del joven deriva en la conclusión de que es natural y hasta justificada una determinada designación desvalorizada de sí, el paso siguiente es la formación de una “identidad negativa” (Erikson, 1987: 208).

Las derivaciones implícitas de tal aceptación (la de su identidad asentada sobre la falta y la negación de sí), están en lo que Bourdieu (1999) llamaría el “sentido de los límites”. El mismo funciona como una barrera mental que sostiene la sensación de estar “irreversiblemente” limitados, lo que termina siendo funcional a un sistema que legitima las desigualdades sociales. Implica la aceptación de la discriminación y la disposición de prácticas acordes a ella. Cuando las propias definiciones asumen la exclusión presente en las definiciones de otros, es decir, cuando ocurre un reconocimiento de la privación (porque “aceptan” los lugares que les dejan); lo que se internaliza, en realidad, es todo un sistema de dominación. Esta última se convierte en prácticas y el sistema de poder se legitima.

¹⁹ Síntesis entre actos de atribución de categorías sociales y actos de apropiación y producción de esas categorías.

²⁰ Sobre todo si se coincide con Claude Dubar, que la identidad narrativa es una construcción en situación, por parte del sujeto, de una cronología y una síntesis de experiencias significantes a las que el propio sujeto otorga valor.

Aún así, como la construcción de la identidad es un proceso abierto que utiliza categorías sociales cambiantes -propias de un determinado lugar y tiempo-, el futuro de estos jóvenes aunque hasta ahora se muestra pesimista, no está cerrado. La experiencia de algunos de los entrevistados evidencia cierta confianza en poder cambiar su situación y lo hacen notar en la comparación entre las limitaciones objetivas heredadas de su origen (por ejemplo, una familia rural en extrema pobreza) y la capacidad que adquirieron para transformar sus posibilidades.

Ambos puntos, el reconocimiento y las definiciones de sí, tienen en común la utilización de categorías compartidas para definirse y definir a los demás. Como vimos, la tipificación consiste en asignar esquemas categoriales a sujetos y cosas existentes dentro del mismo campo de acción. La correspondencia y aceptación entre las categorías propuestas y las asumidas es una alternativa, porque también puede existir la contrapropuesta de significado y una categoría puede adquirir un sentido diferente al propuesto. En este punto se ponen de manifiesto las luchas y entran a jugar las estrategias de poder simbólico de que se nutren estos sistemas de clasificación de los sujetos, y que permiten la codificación de diversas situaciones. Por ejemplo la categoría de "villero" no supone en sí misma una clasificación cerrada negativa. Lo que la convierte en un instrumento de estigmatización son los discursos negativos asociados a ella (por ejemplo que los villeros son "vagos" y "peligrosos" y que por eso no conviene emplearlos). Esa misma categoría, puede ser resignificada y los jóvenes pueden darle nuevos usos simbólicos, asociándola a otros discursos como el de la solidaridad o la familiaridad.

Los contradiscursos expresan mecanismos de resistencia que, si bien parecen ser más individuales que colectivos, configuran una respuesta activa frente a la exclusión. Por ejemplo, que uno de los entrevistados opte por expresar y generalizar una visión positiva de su comunidad (decidiendo escribir un libro y no ya aclarando circunstancialmente que "su barrio no es tan peligroso") es una clara defensa de su identidad barrial y un enfrentamiento simbólico a aquellos que los discriminan por su residencia. Es una estrategia de rechazo de los sentidos asignados por otros ubicados en una posición de mayores recursos (sociales, culturales, económicos).

Acción colectiva

"Es todo así acá, no tenes mucho para elegir".

(Hugo, 22 años, lavacopas, Bajo Flores)

Por último, tanto la falta de reconocimiento como las imágenes desvalorizantes de sí, han expresado la distancia de los jóvenes con espacios de identificación colectiva. La ausencia -como ya habíamos anticipado- de categorías integradoras que generen identidades grupales, es una limitante de los procesos de acción colectiva.

La evidencia muestra que los actores sociales (como partidos políticos y sindicatos) han perdido capacidad interpelante y no poseen la fuerza suficiente para convocar en torno a

sí a los jóvenes. Los discursos sociales han dejado de producir categorías aglutinantes y por eso son poco eficaces.

Junto a lo anterior, la mirada que poseen sobre su realidad -producto de marcos ideológicos que los sitúan en una posición de subordinación-, hace que estos jóvenes gasten poca energía en aquello que consideran “inmutable”, como su situación económica o la realidad política. De hecho tienen poca esperanza en que emerjan proyectos alternativos capaces de modificar de raíz la situación del país, o su situación personal.

La participación en colectivos sociales depende del poder que cada uno sienta respecto al mundo externo. A medida que desaparece la certidumbre en las cuestiones más existenciales, aumenta la sensación de impotencia. Al entrar la solidaridad en crisis, el poder que proviene del “actuar juntos” se debilita. Además el distanciamiento espaciotemporal propio de la modernidad y la aparición de nuevos lazos y dependencias globales, así como una posición subordinada en los sistemas de poder, hacen que el individuo sienta tener relativamente poco control sobre los procesos sociales que lo condicionan.

Finalmente, la impotencia no es solamente la resultante de situaciones personales, sino por sobre todo un producto ideológico. Esa es justamente la función de la ortodoxia ideológica según Bourdieu (1999): naturalizar y hacer creer que la realidad así como está no es modificable. Por esta última cualidad, la impotencia es percibida en el plano de los objetivos y las aspiraciones personales como incapacidad *del sujeto* para llevar adelante sus proyectos.

Cuando la aspiración de conseguir un trabajo gratificante, de terminar los estudios, de formar una familia, o de mejorar las condiciones de vida se vuelve una “utopía”, las personas dañan intensamente su capacidad para imaginar una vida mejor. Las expectativas se reducen a unas pocas cosas, que además son cercanas a su contexto, y la identidad ya no se nutre de modelos colectivos de acción conjunta como instrumentos para transformar su existencia y la realidad social.

4. Reflexiones Finales: los confines de la integración social de los jóvenes pobres

A lo largo del artículo intentamos conjugar el examen empírico con la discusión de ideas y conceptos de carácter más abstracto, para poder articular en un solo análisis los efectos que tienen sobre la identidad los actuales procesos de transformación del trabajo.

Como pudo observarse en el análisis de las transformaciones de lo relacional en la identidad, y de las formas de apropiación de las atribuciones negativas por parte de los jóvenes, las biografías de los mismos están caracterizadas por una integración intensamente cargada de violencia simbólica, que cuando le toca el turno al trabajo se manifiesta mediante precarias formas de contratación, de actividad y de relaciones que no compensan de ninguna manera la falta de recursos previos.

Por eso el problema no reside solamente en las condiciones materiales heredadas sino fundamentalmente en los recursos adquiridos en la trayectoria social y subjetiva, producto narrativo -ésta última- de la interpretación y construcción personal. Los testimonios recogidos han mostrado que las elaboraciones imaginarias -las representaciones sociales- que se generan en esas circunstancias no configuran imágenes positivas de sí o respuestas frente a los otros que impliquen nuevas oportunidades, fortalezcan la solidaridad, desarrollen un sentido compartido, o simplemente les otorguen un lugar socialmente reconocido.

Por otra parte, no solamente el trabajo afecta o se ve afectado por los restantes ámbitos, sino que esta recursividad de prácticas y representaciones se inscribe en procesos más generales que transforman simultáneamente las sociedades y la subjetividad. Uno de esos procesos es el individualismo, que hemos presentado con la forma de “desafiliación” resultante de las trayectorias de estos jóvenes (como consecuencia de la fragilidad vincular y el aislamiento).

Por eso terminamos este artículo con dos reflexiones íntimamente vinculadas a la integración social del grupo específico de la juventud: una, acerca de las consecuencias del individualismo para estos casos; y otra, acerca de la representación del futuro que construyen los jóvenes.

4.1. El individualismo de la desatención social

“Y sí, al menos mi familia tenía miles de problemas, de alcoholismo, hasta maltrato entre padres e hijos, y uno se va haciendo solito, yo me hice sólo”.

(José María, 29 años, desocupado, Villa La Cava)

La desinstitucionalización -producto de la desestabilización de los marcos de referencia colectivos tradicionales- ha derivado en nuestras sociedades en una profundización del proceso de individualización que ya existía desde el comienzo de la modernidad. Como es sabido, este tipo de procesos operan diferencialmente sobre los grupos situados en diferentes lugares de la estructura social. Las características descritas como consecuencias de las trayectorias y las interacciones en los diversos sistemas de acción de los jóvenes pueden contribuir a dichas discusiones.

Ser varón, joven, pobre y residir en áreas marginales implica problemas adicionales a los procesos de descentralización simbólica y material del trabajo, debido a que a la fragilidad, la autorreferencialidad y la búsqueda de seguridad resultantes de la destradicionalización y el mayor individualismo, se le agregan la realidad de la falta de reconocimiento, la desvalorización de sí y el aislamiento producto de múltiples rupturas (con lo cual se acentúan los rasgos negativos de su posición y los riesgos para la construcción de la identidad).

Son justamente las condiciones estructurales que cercan el proceso de individualización, las que alientan a indagar los soportes sobre los cuales construyen su identidad los jóvenes inmersos en situaciones de marginalidad y pobreza. Es claro que el individualismo emergente de los casos analizados expresa la imposibilidad de una fijación total de la identidad sobre interacciones que transmiten imágenes negativas de sí, ilegítimas frente a los propios ojos, y frente a las cuales el sujeto resiste replegándose sobre sí y sus vínculos más cercanos.

El proceso de individualización no significa la desaparición del nosotros o de la alteridad en la construcción de la identidad, sino su transformación. No existe la posibilidad de eliminación de lo colectivo, sin la eliminación simultánea de lo individual. La subjetividad siempre se edifica por medio de las relaciones con otros, es decir, dentro de relaciones de reconocimiento mutuo. Por eso esta preeminencia del sujeto sobre lo colectivo, resulta una alternativa a no poder identificarse con ninguna de las formas identitarias dominantes, y en el caso de los jóvenes, para los cuales esas formas representan la negación de sí, el individualismo se transforma en un mecanismo de resistencia frente a la exclusión.

La falta de contención y de sentido resultante de la pérdida de significación de las instituciones tradicionales, priva a los jóvenes de una seguridad existencial necesaria para preservar la identidad. La socialización desvalorizante que han recibido termina vulnerando la confianza básica y erosionando las normas compartidas.

La desinstitucionalización -la faz institucional de la desafiliación-, entendida como una desvinculación respecto de los marcos objetivos que estructuran la existencia de los sujetos, termina reenviándolos sobre sí mismos. Es este el individualismo dentro del cual podemos inscribir a los jóvenes analizados aquí: "un individualismo por falta de marcos y no por exceso de intereses subjetivos" (Castel, 1997: 472).

En este caso, el individualismo no conlleva una mayor libertad, sino que es el producto de una mayor desprotección de los jóvenes. Al igual que el análisis del vagabundo que realizaba Castel (1997), el joven de nuestra investigación "está completamente individualizado y expuesto por la falta de vínculos y de sostenes relacionados con el trabajo, la transmisión familiar, la posibilidad de construirse un futuro... Su cuerpo es su

único bien y su único vínculo, que él trabaja, hace gozar y destruye en una explosión de individualismo absoluto". No puede esperarse que este tipo de individuos desatendidos tempranamente por las instituciones sociales se comporten como sujetos "autónomos" con la libertad de "elegir como vivir". "La forma de individualidad disponible en la sociedad moderna tardía y posmoderna, la forma de individualidad más común en las sociedades de esta clase -la individualidad privatizada- significa, en esencia, no libertad" (Bauman, 2001: 72)

Por eso es acertada la denominación de "negativo" a este tipo de individualismo. En estos casos, este fenómeno surge como defecto y no solamente como elección por parte de los jóvenes. Se trata de la individualidad de quien se encuentra sin vínculos, sin apoyo, privado de protección y de reconocimiento. Se refiere a un individualismo definido en términos de falta: "falta de consideración, falta de seguridad, falta de bienes seguros y vínculos estables" (Castel, 1997: 469). A dicha forma de aislamiento corresponde la desafiliación generada por la fragilidad vincular, por la falta de reconocimiento y por la pérdida del sentido colectivo de la acción y la participación, todas características de los varones estudiados.

"La contradicción que atraviesa el proceso actual de individualización es profunda. Amenaza a la sociedad con una fragmentación que la haría ingobernable, o bien con una polarización entre quienes puedan asociar el individualismo y la independencia, porque su posición social está asegurada, por un lado, y por el otro quienes lleven su individualidad como una cruz, porque ella significa falta de vínculos y ausencia de protecciones" (Castel, 1997: 477).

Por último, lo dicho acerca del individualismo -al disminuir las sujeciones tradicionales- no excluye que la "huida" que expresa el replegarse sobre sí mismo pueda significar ocasionalmente una oportunidad. La distancia a los roles establecidos, marco esencial de una conciencia reflexiva, es la condición de construcción de una identidad narrativa, es decir, capaz de elaborar un proyecto de vida individual en base a la acción sobre el mundo. Y por eso si bien la laxitud de las relaciones en estos casos es sinónimo de desafiliación, también es un recurso importante para construirse, reinterpretar su biografía y negarse a aceptar una reducción a sus condicionantes estructurales.

Algunas consecuencias de la desinstitucionalización son también recursos importantes que pueden permitir reconstruir nuevos proyectos, reinterpretar de manera diferente la propia biografía y adscribirse subjetivamente dentro de una historia personal siempre pasible de ser reinventada que no se reduce a una trayectoria social objetivada (Dubar, 2000a). Es decir, la vivencia de experiencias alternativas a las habituales, pueden convertirse en espacios o motivos de búsqueda de una nueva reciprocidad.

En los momentos críticos existe la posibilidad de configurar nuevas sociabilidades que implican la creación de nuevas relaciones sociales entre los agentes. Los sujetos en esas condiciones, por sus mayores demandas de sentido, son mucho más susceptibles a recrear modalidades de vinculación. La experiencia de pareja de estos jóvenes representa un ejemplo donde reinventarse. La asunción de nuevos roles (ser padre y marido, por ejemplo) siempre es una oportunidad para reconfigurar la identidad sobre nuevas definiciones de sí. En el marco de un individualismo negativo profundamente limitante, el

repliegue sobre los lazos primarios les permite a estos jóvenes, mediante la experimentación de un tipo de relaciones que ellos no han vivenciado -mucho más armónicas, expresivas y contenedoras-, recomponer en su interior y mediante la conformación de su pareja, sus historias familiares sumamente conflictivas.

4.2. La representación de un futuro incierto

“Porque nunca pienso en el futuro, pienso el día de hoy, mañana gracias a Dios fue un día más y chau, sigo adelante, siempre digo: no se si mañana me despertaré”.

(Héctor, 24 años, empleado para descarga en una distribuidora, Villa General Pacheco)

“¿Cómo me veo en el futuro? No. Mi futuro es incierto. No se. Mi futuro no se...”

(Víctor, 29 años, cocinero, Villa La Cava)

La segunda reflexión trae a la luz la concepción de futuro que poseen estos jóvenes.

En reiteradas ocasiones hemos aludido a una representación del tiempo caracterizada por la dilución. La dificultad de ligar secuencialmente y otorgar sentido a los diferentes momentos de su vida, ha sido una característica permanente del discurso y las representaciones de los jóvenes.

Por las condiciones objetivas que los limitan, así como por las disposiciones mentales que entran en interacción con las primeras, los jóvenes no tienen la posibilidad de colonizar su propio futuro. La dificultad para elaborar un proyecto del yo que pueda ser sostenido en el tiempo y al cual puedan atar sus proyecciones, cuestiona (de igual forma que como lo veíamos con respecto al individualismo) el espacio de “libertad” dentro del cual los jóvenes toman sus decisiones. En este marco no es rara una representación del porvenir caracterizada por la incertidumbre.

El futuro no apareció en el discurso de los jóvenes, y precisamente por eso es un dato relevante para la investigación: al igual que el silencio, la ausencia de esta noción puede valer más que mil palabras. El futuro es algo incierto, lejano y bastante poco imaginable para los jóvenes. Las preguntas acerca de cómo lo ven o se lo imaginan siempre son respondidas con sorpresa y algo de gracia, “a lo mejor mañana no vuelves”, “no se... vivo el hoy”, “mirá lo que me preguntas”; y habitualmente es asociado al corto plazo.

La imagen ausente del futuro expresa “la inseguridad y la precariedad, traducidas en trayectorias temblorosas, hechas de búsquedas inquietas para arreglárselas día por día. En particular se trata de conjurar la indeterminación de su posición, es decir, elegir, decidir, encontrar combinaciones y cuidarse a sí mismos para no zozobrar” (Castel, 1997: 473). Estas experiencias parecen estar en las antípodas del culto al yo propio de la modernidad. La movilidad del trabajo, hecha de alternancias entre trabajos provisionales y oportunidades limitadas y sin destino, es un claro ejemplo de la internalización de la

incertidumbre del mañana. Esto último es uno de los principales peligros de las transformaciones sociales e identitarias planteadas.

“Perder el sentido del futuro es asistir a la descomposición de la base a partir de la cual se pueden desplegar estrategias acumulativas que harían la vida en el mañana mejor que la de hoy” (Castel, 1997: 449). La juventud es uno de los grupos más afectados por los procesos que contradicen toda configuración de un futuro manejable.

La incertidumbre “hecha carne” debe alertarnos porque la noción subjetiva de futuro está relacionada con la capacidad del sujeto para elaborar y llevar adelante un proyecto, sea individual, familiar o colectivo. Y esto es, en el fondo, lo que está detrás de los discursos: la ausencia de proyectos.

La incertidumbre del mañana, la falta de marcos normativos dentro de los cuales planificar la existencia, la desaparición de toda esperanza derivada de la acción colectiva y la debilidad de vínculos a partir de los cuales cimentar una imagen de sí perdurable, culmina en la degradación interiorizada como destino y en el total descreimiento del protagonismo que se tiene sobre los sucesos de la realidad. Por eso la no existencia de una concepción de futuro, o mejor dicho, la presencia de una imagen de un futuro oscuro, a corto plazo y muy poco asible es acorde con las tres principales hipótesis que habíamos presentado anteriormente: la fragilidad vincular, las imágenes negativas de sí junto a la falta de reconocimiento y la desaparición de un sentido colectivo compartido.

Debido a ello, nuestras conclusiones sólo pueden derivar en más preguntas cuyas respuestas demandan nuevas investigaciones. ¿Qué les queda a los jóvenes si las tradicionales vías de integración, como el trabajo, están caracterizadas por la precarización y la intermitencia? ¿Qué les queda a los jóvenes en un marco de desintegración que los encuentra aislados y sin soportes colectivos estables? ¿Qué les queda a los jóvenes cuando lo único que le ofrece la sociedad es un reconocimiento que los estigmatiza? ¿Qué les queda a los jóvenes si el futuro ha dejado de tener existencia como “posibilidad” en sus vidas?

Socialmente, la niñez y la juventud representan el futuro de una sociedad, ¿qué puede esperarse si en cambio son sus jóvenes los que dejan de representarse el futuro? O ¿qué le queda a la sociedad (a sus normas y sus instituciones) si las futuras generaciones no se piensan parte del todo que las produce y sostiene?

Referencias Bibliográficas

- AUGÉ, Marc** (1998). *Los no lugares. Espacio del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- BAUMAN, Zygmunt** (2001). *En busca de la política*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Zygmunt** (2003). *Modernidad Líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- BECCARIA, Luis. / LOPEZ, Néstor** (1996). "El debilitamiento de los mecanismos de integración social", en BECCARIA, L. / LOPEZ, N. (compiladores), *Sin trabajo*, Bs. As.: UNICEF-Losada.
- BERGER, Peter / LUCKMANN, Thomas** (1997). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- BLUMER, Herbert** (1969) "La posición metodológica del interaccionismo simbólico", en *Symbolic Interaccionism. Perspective and method*, Englewood Cliffs, Prentice Hall (Traducción).
- BOURDIEU, Pierre** (1990). "Espacio social y génesis de las clases" en *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre** (1993). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre / WACQUANT, Loïc J. D.** (1995). *Respuestas para una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre** (1999). *La Distinción*. Madrid: Taurus.
- BRASLAVSKY, Cecilia** (1988). "Situación y acción de los jóvenes desocupados de América Latina", en *¿Qué empleo para los jóvenes?* Madrid: Editorial Tecnos - UNESCO.
- CASTEL, Robert** (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTEL, Robert** (1999). *Empleo, desocupación, exclusiones*. Buenos Aires: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris (EHESS).
- Conclusiones del Seminario Virtual Juventud y formación para la empleabilidad: Desarrollo de Competencias Laborales Claves** (2002). OIT/CINTERFOR.
- DUBAR, Claude** (2000a). *La crise des identites*. Paris: PUF.
- DUBAR, Claude** (2000b). *La Socialisation*. Paris: Armand Colin.
- DUBAR, Claude** (2001). *El trabajo y las identidades profesionales y personales*. Revista Latinoamericana de estudios del Trabajo. Año 7. N° 13.
- DURKHEIM, Emile** (1993). *La división del trabajo social*. Primera Edición 1893. Buenos Aires: Editorial Planeta-Agostini.
- Equipo de trabajo sobre identidad y representación sindical, CEIL – CONICET** (2001). *El proceso de construcción de identidad en el marco de las transformaciones del Mundo del trabajo en Argentina. Apuntes teóricos e hipótesis preliminares*. Buenos Aires.
- ERIKSON, Eric** (1987). *Identidad, Juventud y Crisis*, Bs. As.: Paidós.
- ERIKSON, Eric** (1991). *Sociedad y adolescencia*, Bs. As.: Siglo XXI.
- FORNI, Floreal** (1992). "Estrategias de recolección y estrategias de análisis en la investigación social", en FORNI F. / GALLART M.A. / VASILACHIS DE GIALDINO I. *Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación*. Bs. As.: CEA.

FREYTES FREY, Ada Cora (1997). *La Reconversión en la Industria Siderúrgica: Pluralidad de perspectivas y pugnas simbólicas en el campo laboral. Estudio comparativo de empresas.* Tesis de grado de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador. Buenos Aires.

FULLER, Norma (1998). "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú", en VALDES, T. / OLAVARRIA, J. (compiladores) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Chile: FLACSO.

GALLART, María Antonia (1992). "La integración de métodos y la metodología cualitativa. Una reflexión desde la práctica de la investigación", en FORNI F. / GALLART M.A. / VASILACHIS DE GIALDINO I. *Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación*. Bs. As.: CEA.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (s/f). *Rethinking identity in times of globalization* en *Arts & Designs*.

GIDDENS, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.

GIDDENS, Anthony (1986). "Elementos de la teoría de la estructuración", en *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la Estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

GLASSER, B. G. / STRAUSS, A. L. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*, Chicago: Aldine.

GOMÁRIZ MORAGA, Enrique (1997). *Introducción a los estudios sobre masculinidad*, FNUAP – FLACSO, Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.

GORZ, André (2000). *Misericordias del presente, riquezas de lo posible*. 1º edición: 1997. Bs. As: Ed. Paidós.

HALL, Stuart (1997): "Who needs identity?", en S. Hall y Paul du Gay: *Questions of cultural identity*. Sage, London.

JACINTO, C. / LASIDA, J. / RUÉTALO, J. / BERRUTI, E. (1998). "Formación para el trabajo de jóvenes de sectores de pobreza en América Latina. ¿Qué desafíos y qué estrategias?", en *Por una segunda oportunidad. La formación para el trabajo de jóvenes vulnerables*. Montevideo, OIT/CINTERFOR. Red Educación y Trabajo.

JODELET, Denise (1997). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en *Pensamiento y Vida Social*. Paris: PUF.

KÄES, René (1988). "El apoyo grupal del psiquismo individual", en *Temas de Psicología social*, N°7, Ediciones Cinco.

KUASÑOSKY, Silvia / SZULIK, Dalía (2000). "Desde los márgenes de la juventud", en MARGULIS, Mario (editor), *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

LARRAIN IBÁÑEZ, J. (1996). *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Ed. A. Bello.

LO VUOLO, Rubén (2001). *Alternativas. La economía como cuestión social*. Bs. As.: Altamira.

MASON, Jennifer (1996). "Generating Qualitative Data: Interviewing", en *Qualitative Researching*. London: Sage Publication

MEDA, Dominique (1998). *El trabajo. ¿Un valor en peligro de extinción?* España: Gedisa.

MUÑOZ CHACÓN, Sergio (2001). "En busca del Pater Familias: construcción de identidad masculina y paternidad en adolescentes y jóvenes", en BURAK, Solum Donas (compilador). *Adolescencia y juventud en América Latina*. Costa Rica: LUR.

NEFFA, Julio Cesar (1999). "Significación de la exclusión social en la Argentina, vista desde el mercado de trabajo", en *El Desempleo en la Argentina en los años 1990*, tomo III. Córdoba: CEIL-PIETTE-CONICET Ediciones Fundación CIEC.

OLAVARRIA, José / BENAVENTE, Cristina / MELLADO, Patricio (1998). *Masculinidades Populares*, Chile: FLACSO-Chile.

PAUGAM, Serge (2000). *Le salaríé de la precarité*. Paris: Presses Universitaires de France.

REGUILLO CRUZ, Rosana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

SANSELIEU (1988). "Identités collectives et reconnaissance de soi dans le travail", en *L'identité au travail*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

SIEMPRO (2002). *Informe de la situación social de la Provincia de Buenos Aires, mayo 1998 - Mayo 2002*. Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.

Social Capital Interest Group (SCIG) (2001). *Social Capital: A Position Paper*. Michigan State University.

SVAMPA, Maristella (2000). "Identidades astilladas. De la Patria Metalúrgica al Heavy Metal", en SVAMPA M. (editora) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / Biblos.

TAYLOR, S. J. / BOGDAN, R. (1990). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Piados.

URRESTI, Marcelo (2000). "Cambios de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela", en VALDES, Teresa / OLAVARRIA, José (1998) "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo", en VALDES, T. / OLAVARRIA, J. (compiladores), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Chile: FLACSO-Chile.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2000). "¿Hace el trabajo la identidad del hombre?", en *Revista Doctrina Laboral*. N°183. Noviembre. Buenos Aires: ERREPAR – DLE.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (s/f). *Pobres, Trabajo e Identidad: una propuesta epistemológica y metodológica*, CEIL-CONICET.

ZOLL, Rainer (1992). *Nouvel individualisme et solidarité quotidienne*, Paris: Editions KIMÉ.

BREVE HISTORIA DEL IDICSO

Los orígenes del IDICSO se remontan a 1970, cuando se crea el "Proyecto de Estudio sobre la Ciencia Latinoamericana (ECLA)" que, por una Resolución Rectoral (21/MAY/1973), adquiere rango de Instituto en 1973. Desde ese entonces y hasta 1981, se desarrolla una ininterrumpida labor de investigación, capacitación y asistencia técnica en la que se destacan: estudios acerca de la relación entre el sistema científico-tecnológico y el sector productivo, estudios acerca de la productividad de las organizaciones científicas y evaluación de proyectos, estudios sobre política y planificación científico tecnológica y estudios sobre innovación y cambio tecnológico en empresas. Las actividades de investigación en esta etapa se reflejan en la nómina de publicaciones de la "Serie ECLA" (SECLA). Este instituto pasa a depender orgánica y funcionalmente de la Facultad de Ciencias Sociales a partir del 19 de Noviembre de 1981, cambiando su denominación por la de Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO) el 28 de Junio de 1982.

Los fundamentos de la creación del IDICSO se encuentran en la necesidad de:

- ❑ Desarrollar la investigación pura y aplicada en Ciencias Sociales.
- ❑ Contribuir a través de la investigación científica al conocimiento y solución de los problemas de la sociedad contemporánea.
- ❑ Favorecer la labor interdisciplinaria en el campo de las Ciencias Sociales.
- ❑ Vincular efectivamente la actividad docente con la de investigación en el ámbito de la facultad, promoviendo la formación como investigadores, tanto de docentes como de alumnos.
- ❑ Realizar actividades de investigación aplicada y de asistencia técnica que permitan establecer lazos con la comunidad.

A partir de 1983 y hasta 1987 se desarrollan actividades de investigación y extensión en relación con la temática de la integración latinoamericana como consecuencia de la incorporación al IDICSO del Instituto de Hispanoamérica perteneciente a la Universidad del Salvador. Asimismo, en este período el IDICSO desarrolló una intensa labor en la docencia de post-grado, particularmente en los Doctorados en Ciencia Política y en Relaciones Internacionales que se dictan en la Facultad de Ciencias Sociales. Desde 1989 y hasta el año 2001, se suman investigaciones en otras áreas de la Sociología y la Ciencia Política que se reflejan en las series "Papeles" (SPI) e "Investigaciones" (SII) del IDICSO. Asimismo, se llevan a cabo actividades de asesoramiento y consultoría con organismos públicos y privados. Sumándose a partir del año 2003 la "Serie Documentos de Trabajo" (SDTI).

La investigación constituye un componente indispensable de la actividad universitaria. En la presente etapa, el IDICSO se propone no sólo continuar con las líneas de investigación existentes sino también incorporar otras con el propósito de dar cuenta de la diversidad disciplinaria, teórica y metodológica de la Facultad de Ciencias Sociales. En este sentido, las áreas de investigación del IDICSO constituyen ámbitos de articulación de la docencia y la investigación así como de realización de tesis de grado y post-grado. En su carácter de Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, el IDICSO atiende asimismo demandas institucionales de organismos públicos, privados y del tercer sector en proyectos de investigación y asistencia técnica.

ÁREAS DE INVESTIGACIÓN DEL IDICSO

- | | | |
|--|---|--|
| <input type="checkbox"/> Desarrollo Social Local y Regional | <input type="checkbox"/> Organizaciones No Gubernamentales y Políticas Públicas | <input type="checkbox"/> Empleo y Población |
| <input type="checkbox"/> Recursos Energéticos y Planificación | <input type="checkbox"/> Relaciones Internacionales de América Latina | <input type="checkbox"/> Relaciones Internacionales de Asia y el Pacífico |
| <input type="checkbox"/> Gobernabilidad y Reforma Política | <input type="checkbox"/> Historia Cultural y Social Contemporánea | <input type="checkbox"/> Historia de las Relaciones Internacionales en el Mundo Antiguo y Medieval |
| <input type="checkbox"/> Sociedad, Estado y Religión en América Latina | <input type="checkbox"/> Relaciones Iglesia-Estados | <input type="checkbox"/> Migraciones y Derechos Humanos |

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales:
Lic. Eduardo Suárez

Director del IDICSO:
Dr. Pablo Forni

Comité Asesor del IDICSO:
Dr. Raúl Bisio
Dr. Alberto Castells
Dr. Ariel Colombo
Dr. Floreal Forni

SERIE DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL IDICSO (SDTI)

Edición y corrección: *Ricardo De Dicco*, Departamento de Comunicación y Tecnología del IDICSO

Tel/Fax: (+5411) 4952-1403

Email: idicso@yahoo.com.ar

Sitio Web: <http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>

Hipólito Yrigoyen 2441
C1089AAU Ciudad de Buenos Aires
República Argentina